

## UN AMOR FRATERNAL QUE NO MORIRÁ JAMÁS (In memoriam Elkin J. Calle)

Fredy Nelson Calle Cortés<sup>1</sup>

Nací en la ciudad de Medellín, Antioquia, Colombia, en el seno de una hermosa familia conformada, en aquel entonces, por mis padres: Iván de Jesús Calle Guerra, educador, periodista y poeta y un excelente padre que nos llenó de amor y que nos obsequió una vida llena de satisfacciones dentro de un ambiente muy religioso, en el que se celebraba con fervor la Navidad, época del año que esperábamos con ansias para disfrutar de las novenas, los villancicos, regalos, quema de pólvora, deliciosos postres y toda una gran variedad de alimentos para conmemorar el nacimiento del niño Dios; y nuestra madre: María Cémida Cortés Vahos, ocupada en los quehaceres del hogar pero quien también practicó la educación, cuando en algún momento de su vida tuvo a cargo un preescolar que regentaba con amor, paciencia y entrega, y cuyos conocimientos nos ayudaron a aprender a leer y escribir, además de las operaciones matemáticas básicas, antes de ingresar a la escuela, lo que nos dio una gran ventaja con respecto a otros niños que no tuvieron ese privilegio de tener una madre dedicada al aprendizaje de sus hijos. Completaban el núcleo familiar mi hermano mayor: Guillermo Iván (02/02/1964), le seguía en orden de edad Juan Fernando (13/02/1965),



*Mi hermanito Elkin, mejor conocido entre el núcleo familiar como “Kino” o “Kinito”, en su estudio de trabajo (2002) en Santa Teresa, Edificio “Katherine”, San Cristóbal, Táchira.*

luego venía mi querido hermano Elkin Javier+ (17/07/1967 - 21/01/2021), a quien dedico estas líneas como homenaje póstumo en ocasión de su fallecimiento luego de una penosa enfermedad (cáncer en la piel, un melanoma que luego hizo metástasis y le invadió el hígado y otros órganos vitales, por lo que no pudimos hacer nada para salvarlo, y además, en plena pandemia) mi persona, Fredy Nelson, (28/08/1968) y el menor, Alex Darío (04/02/1972). Estando en Venezuela nacieron mis otras dos hermanitas queridas: Cémida María (30/05/1979) y Yadira Katherine (09/10/1985).

Éramos muy felices los cinco muchachitos inquietos y traviosos; nos la pasábamos inventando travesuras e ingeniando juegos, hicimos una casita en un árbol, una casa bajo la tierra, íbamos de aventura a los bosques cercanos y hasta una vez, en la población de Amalfi, Antioquia, encontramos una gruta elaborada por los indios, que se adentraba bajo la tierra

1 Licenciado en Administración de Empresas graduado con Distinción “Cum Laude”, Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario “Dr. Pedro Rincón Gutiérrez”, San Cristóbal, Táchira, Venezuela. [2001-2005]. Nació en Medellín, Colombia, en 1968. Diseñador Gráfico de esta revista y de un amplio número de libros, revistas y periódicos diversos en el Táchira desde 1998 hasta la actualidad.

muchos metros, quizás kilómetros, y casi hasta el fondo nos aventuramos los cuatro chiquillos (el menor, Alex Darío, aun no estaba en edad) hasta que una gran pared nos impidió seguir avanzando.

Mi padre era una gran amante de la cultura en general y coleccionaba enorme cantidad de revistas, periódicos y libros, que contemplaban gran parte del saber de la época, resumido en dichas publicaciones. Gracias a esa amplia biblioteca que poseía, tuvimos la fortuna de acceder al conocimiento de los clásicos de la literatura universal, desde el Cantar del Mío Cid (Anónimo), La Iliada y la Odisea (Homero), El Quijote de la Mancha (Miguel de Cervantes Saavedra), La Divina Comedia (Dante Alighieri), entre otros muchos más, hasta historietas de aventuras que

ponían a volar nuestra imaginación, tales como Tarzán de los Monos (Edgar Rice Burroughs), Kalimán, el Hombre Increíble (Héctor González Dueñas, mejor conocido como Víctor Fox) y una serie de revistas mexicanas llamadas Vidas Ilustres, Epopeya, Vidas Ejemplares, entre otras, que recogían en resumen y con ilustraciones a todo color tipo historieta, la vida de los grandes genios de la humanidad como Isaac Newton, Albert Einstein, Alejandro Marconi, Alexander Graham Bell, Luis Pasteur, Tomás Alba Edison, Napoleón Bonaparte, Simón Bolívar, Mahatma Gandhi, entre muchísimos otros más, que nos inspiraron en nuestro afán de buscar el conocimiento y dichos saberes nos permitieron destacar en las escuelas y liceos a donde asistimos, sin las ventajas del internet de hoy pero con un



*Camino a clases, los hermanitos Calle Cortés en 1979, en la población de Zorca San Joaquin, dirigiéndose a la Escuela Estatal Ramón Buenahora, en la población de Bellavista, cerca a Peribeca, Municipio Capacho, Táchira, Venezuela. Podemos ver en la foto, de izquierda a derecha a: Juan Fernando, Elkin Javier, Fredy Nelson y Alex Darío.*

conocimiento obtenido gracias a la lectura y la investigación en una edad temprana de la vida.

No era mucha la diferencia de edad entre Elkin y yo: sólo 14 meses y 11 días me llevaba mi hermanito querido que ya no está más con nosotros, lo que contribuyó a que compartiéramos durante toda la vida momentos juntos desde la niñez hasta la vida adulta, desde que por allá por los años de 1974, en el municipio de Amalfi, bella ciudad del nordeste antioqueño, en Colombia, tuve la fortuna de “alcanzarlo” en segundo de primaria, al cual me promovieron por no dejar dar clases a la profesora Coralía de primer grado, ya que por bondades de mi madre, que con paciencia me enseñó en casa a leer y escribir y por mi obstinada curiosidad infantil de querer saberlo todo antes de tiempo, no tuve lugar ni en preescolar ni en primero (no dejaba dar clases), me pasaron para segundo al lado de mi hermano y desde ese momento nos hicimos más que hermanos, amigos inseparables de cuantas sanas travesuras infantiles se nos ocurrieran, a la sombra de los dos hermanos mayores, Guillermo Iván y Juan Fernando, queriendo siempre hacer lo que ellos hacían pero por ser menores no podíamos y entonces nos las arreglábamos para compensar lo que queríamos hacer y no podíamos por tener menos edad.

Hasta la Primera Comunión la hicimos compartida, una sola fiesta, el mejor día de nuestras vidas, una solemne confirmación con el entonces Obispo de la Diócesis de Medellín, que coincidentalmente estuvo de viaje por esos lares, impartiendo este sacramento a los niños de aquellos pueblitos perdidos de la amplia y hermosa geografía antioqueña. Luego de la ceremonia en la iglesia del pueblo, organizaron una muy concurrida reunión en casa de nuestros padres, a donde asistieron muchos generosos invitados que nos dieron tantos regalos que llenaron

la cama matrimonial y qué felicidad la de aquellos dos chiquillos destapando tantos regalos y viviendo un mágico sueño muchas veces anhelado.

Probablemente la situación del país no era la mejor y quizás a mi padre no le alcanzaba el sueldo que devengaba en su labor de maestro adscrito al magisterio colombiano, lo cierto es renunció a su trabajo como docente a finales de 1976 y en enero de 1977 decidió emprender viaje hacia la prometedor Venezuela, que en aquella época atraía la atención de muchos migrantes, con un bolívar a 4,30 por dólar y con una floreciente industria petrolera, lo que la hacía el mejor país para emigrar en la década del 70 del siglo pasado.

Mi padre viajó solo y a los tres meses le envió el pasaje a mi madre para encontrarnos con él en la ciudad de San Cristóbal, Táchira. Queriendo hacer las cosas bien, previamente mi madre hizo todas las diligencias necesarias para entrar legalmente al país, fuimos al consulado venezolano en Medellín y tramitó una visa compartida para ella y sus tres hijos: Alex Darío de sólo 5 añitos, Elkin Javier de 9 años y Fredy Nelson de 8, en una sola hermosa foto que reflejaba esa unión que mantuvimos durante mucho tiempo los dos hermanitos de edades cercanas; así entramos al país en marzo de 1977 en calidad de turistas por 30 días.

Mi padre empezó trabajando como corrector de pruebas en el Diario Católico, le hacía mucha falta su familia y por eso seguramente nos trajo al país, pero las condiciones eran precarias, vivía en un laberinto que albergaba inmigrantes, recuerdo que más de 10 familias residían allí. En una sola habitación llegamos a dormir los cinco niños y papá y mamá, ¡hacinados totalmente! Un gran amigo de la familia, a quien agradecemos mucho su apoyo en aquella época y quien sería nuestro gran amigo a través de toda la vida:

Julio Romero Anselmi, nos recibió en su apartamento de la urbanización Pirineos I, mientras conseguimos un sitio mejor. De allí nos mudamos a la casa de la Sra. Celina, en Barrio Obrero, ubicada en la calle 10 entre carreras 19 y 20, al lado de un negocio de aquella época llamado “Quesos del Zulia”. Era un “laberinto” de alquiler donde vivían varias familias de inmigrantes colombianos también indocumentados; la llamábamos nuestra casa, aunque decir “nuestra” es un eufemismo, a esa edad se consideran las cosas como de uno, cuando no se sabe las realidades de la vida adulta. Realmente la casa era de doña “Celina”, una matrona que hasta de fumar el tabaco pretendía saber y allí en el patio de la casa en las noches recibía clientes para “fumarles” el tabaco y decirles el futuro.

En esta casa papá pudo alquilar 3 habitaciones y ya vivíamos un poco más cómodos, alquiló también el patio de atrás de la casa y allí instaló los fogones de kerosén en donde se cocinaban las chupetas de coco que empezó a fabricar en una incipiente y rudimentaria fábrica casera que denominó: Productos “La Cascada”; ya había renunciado al Diario Católico, el sueldo no era el mejor y además había tenido problemas con el director del periódico en aquel tiempo, Monseñor Nelson Arellano Roa, quien no le dio ningún tipo de arreglo económico, aprovechándose de su condición de extranjero indocumentado. Pero fue hasta mejor porque gracias a ese percance decidió trabajar por su cuenta y primero, en diciembre de 1977, aprovechando las aptitudes artísticas de la familia, se puso a hacer adornos navideños de anime de toda índole, (todos los muchachos colaborábamos, Elkin y yo echábamos la goma “Ega” sobre el anime y luego la escarcha de diversos colores) letreros para panaderías, guirnaldas, ramos, san nicolases, entre otros. Todo se vendió y con el capital obtenido compró lo

necesario para fundar la fábrica de chupetas mencionada anteriormente. Las cosas iban bien y las chupetas se empezaron a vender a un ritmo trepidante, no alcanzábamos a producir suficientes para lograr satisfacer la demanda. Pensando en crecer y mejorar, alquiló una casa en la vía que conduce de Zorca San Joaquín a Peribeca, cerca a La Puente, una vereda rural del municipio Cárdenas, en donde construyó un galpón para elaborar las chupetas, cumpliendo con todos los requerimientos del Ministerio de Sanidad, ya que estaba tramitando la licencia de fabricación.

La fábrica se construyó al lado de la casa del Señor Pablo, en donde vivimos hasta 1980 y donde la empresa casera prosperó y creció y nuestro padre pudo darnos mucho gusto en los regalos de diciembre, en las cosas que nos compraban para el colegio, buena ropa, juguetes, dinero para gastar en la escuela, buenos electrodomésticos, abundante mercado todos los días, nunca faltaba nada en la casa; tal vez despilfarró la bonanza de esos momentos, sin pensar en el futuro, pero al menos le brindó a sus hijos una infancia feliz. Más tarde la empresa quebró por malos manejos económicos y por la competencia desleal; el señor que lo acompañaba a vender se puso a fabricar una imitación de chupeta de mala calidad y dañó el mercado y de ahí vino la ruina económica y familiar, papá y mamá se separaron, ella hizo una nueva vida con otro hombre y mi padre tuvo que regresar a Colombia, a casa de su madre, que aun vivía.

Todos estos momentos bonitos y percances aciagos, los compartí con mi querido hermano Elkin Javier, ya que era casi de mi misma edad, sólo nos llevábamos un año, entonces estudiábamos el mismo grado, íbamos a la escuela juntos, hacíamos las tareas juntos, trabajábamos en la fábrica de chupetas de papá, salíamos al monte a buscar cañaveradas para hacer cometas, casi todo lo hacíamos juntos. Unos años

antes mi padre trabajó también en la revista “Aeropuerto” de Eliseo Useche (quien tampoco le pagó el trabajo de varios meses y le dijo que si lo demandaba lo iba a hacer deportar por indocumentado, esa era la vida del migrante colombiano: explotado, mal pagado y sin ningún tipo de arreglo; ¡cómo cambian los tiempos!, ¡ahora se voltearon las cosas!).

Era tanta la unión entre mi hermano Elkin y yo que hasta salíamos a vender periódicos los dos, “Impacto”, el Semanario del Táchira, a 0,25 céntimos, cuando nuestro padre, siempre alimentando su amor por el periodismo, estuvo trabajando para el Sr. Eliseo Useche mencionado anteriormente, que también producía ese periodiquillo, quien le pidió el favor que le ayudara a repartir el pasquín, y mi padre a sus muchachos colocó a estos menesteres, “sin saber el oficio y sin vocación” pero haciéndolo como un juego, nos divertíamos vendiendo semanarios en el “Maltín Polar”, contentos cuando conseguíamos clientes y podíamos dar razón a nuestro padre de aquellos incipientes éxitos como “periodistas” y vendíamos casi todo lo encargado. Yo ofrecía, gritaba y vociferaba y Elkin cobraba, era un niño tímido pero pragmático. Estudiábamos en la escuela Carlos Rangel Lamus el 4to grado de Primaria y todos los días subíamos caminando hasta la casa de la Sra. Celina, donde vivíamos alquilados, en barrio obrero.

La ida a clases y el regreso era toda una diversión, juegos, chistes, confidencias, cuando llovía todo un acontecimiento; nos encantaba mojarnos y correr bajo la lluvia sin preocupaciones, sólo con la felicidad de compartir, sin importar la “pela” en la casa por llegar emparamados hasta los tuétanos. Una compañerita linda nos hacía “pelear” y discutir porque ambos queríamos que fuese nuestra novia: por ello siempre la acompañábamos, a ella y

a sus dos hermanos, a su casa cerca a la Iglesia de Nuestra Señora de la Coromoto, en Barrio Obrero, allí a veces seguían nuestros juegos infantiles, sanamente y sin malicia, pero aquella niña de ojos verdes nos enamoraba y hacía discutir por quien la impresionaba más, se llamaba Lesbia Victoria Ramírez Pérez, (aún vive allí, en la misma casa, tiene una papelería) y formaba parte de nuestras fantasías infantiles en cuanto al amor se refiere. Luego nuestros padres se mudaron para la casa de Zorca. Allí estudiamos en la escuela “Ramón Buenahora”, ubicada en la población de Bellavista, cercana a Peribeca; todos los días era una aventura ir a la escuela con mi hermanito querido, hablábamos de todo, de lo que queríamos hacer, de los amigos y amigas, de los profesores, de los programas de televisión que veríamos al llegar, aunque previamente tendríamos que “envolver” una “tapada” (la tapa superior invertida de un tobo de plástico de los grandes, donde se acostumbra a echar agua, basura, etc) de chupetas para que mamá nos permitiera hacerlo.

Hicimos 5to y 6to de primaria allí y luego el primer año de bachillerato en el recién creado Ciclo Básico Común “Peribeca”. ¡Cuántos recuerdos hermosos guardamos de aquellos tiempos! Destaco en particular una ocasión en que, durante una conmemoración especial del Liceo, montamos la obra “El Brindis del Bohemio”, Elkin era el relator y en verdad se lució ante la escuela, anticipando sus dotes futuras de periodista y yo era Arturo, el que dice: “Por mi madre, bohemios...” y lo hicimos con otros tres compañeros, del cual solo recuerdo a Alexander Lamus, quien fue Raúl, el extranjero. Un suceso triste ocurrió en aquel entonces, cuando murió el hijo de la profesora Dulce, “Toñito” de un cáncer que se le desarrolló a consecuencia de un golpe con una pelota de fútbol en el estómago unos años antes del

trágico suceso, juntos lloramos la partida temprana de ese niño tierno y alegre que era nuestro compañerito de juegos, fue nuestro primer y único contacto en esos años con lo absurdo de la muerte repentina e inesperada.

Compartíamos canciones, música, poesías, libros, películas, programas de T.V. Nos daban para el pasaje en autobús, era lejano el trayecto al liceo, pero a veces nos gastábamos lo del pasaje para venirnos a pie, era más divertido venirnos jugando y echando broma, con otros compañeritos que vivían cerca a nuestra casa, una niña rubiecita muy linda de quien yo estaba enamorado, Jackelín, Maritza que gustaba de Elkin, el pana Lucidio y otro amigo llamado Aparicio, todo el trayecto era de risas, carcajadas, juegos, chistes, comentarios, chismes, echadera de broma y pare de contar. Años antes nuestros compañeros de viaje eran Angélica Depablos Parra, de quien siempre estuve enamorado y hasta le di un anillito para sellar el compromiso y ¡ella salió fue corriendo y ni un besito me dio!, además de sus hermanos: Octavio Depablos y Henry Depablos, el grupo lo completaba José Luis Chacón Chacón, hermano de Rosa Alba Chacón Chacón, hermosa niña que tenía (o tiene) unos ojos verdes preciosos y por quien también discutíamos Elkin y yo, que si Angélica para mí y Rosalba para él o viceversa, inocentes amores infantiles. Un salto en el tiempo y ya estábamos en la casa de campo, en la vía de Las Margaritas de Táriba a Zorca, (ya no es transitable en una parte, en aquella época lo era) y aquellos dos intrépidos chiquillos, con tan solo 12 y 13 años, se iban hasta Táriba, al antiguo cine que quedaba donde hoy es el supermercado “La Estrella” a ver, en función de la 9 pm, “Halcones de la Noche” con un delgado e incipiente Sylvester Stallone, o “La Casa del Terror”, o alguna que otra comedia picante a la que entrábamos con la esperanza de ver

“algo” bueno. A las 11 de la noche se iban esas dos almas de Dios por esos desolados y solitarios caminos pero con la confianza que nos daba estar juntos, era un trayecto de más de una hora caminando.

En aquella casa vivimos la fiebre de “Menudo” y cuántos recuerdos montando las coreografías del famoso grupo. Nos sabíamos todas las canciones, teníamos todos los discos, bailábamos igualitos a ellos, en las reuniones familiares impresionábamos a las chicas enfermas de “menuditis”, fue una hermosa época en la que vivimos felices y dichosos, tan solo esperando la salida del nuevo Album de la agrupación, o recuerdo los dos llegando con horas de antelación y haciendo una cola de más de dos cuadas para ver el estreno de la película “Menudo” en el antiguo Cine Avenida.

Cuando mamá salía a vender las chupetas que se producían en la fábrica de chupetas que teníamos aun en la casa, de las cuales éramos los dos los únicos trabajadores (mamá nos pagaba 10 bs diarios y al final de la semana salíamos a San Cristóbal a comprar chucherías, discos de Menudo, el álbum del Mundial de Fútbol España 82, etc.) Ella Viajaba a Mérida, Trujillo u otros estados y se tardaba a veces toda una semana, nos dejaba encargados de la casa y nos turnábamos, unas veces me tocaba a mí arreglar la casa y la cocina y a Elkin la fábrica de chupetas y a veces era al contrario, terminábamos nuestras labores y lo demás era ponernos a jugar y a cantar, escuchar música, dibujar, ver televisión, teníamos la casa para nosotros solos y ¡vaya si la disfrutábamos! Sentí curiosidad por el fútbol y me la pasaba horas viendo todos los partidos del Mundial España 82, quizás eso hizo que a él no le gustara el fútbol (como lo publicó en Facebook no hace mucho), ese deporte le quitaba tiempo de su hermano y yo inocentemente no sabía la consecuencia de mis acciones, creo que me

vi los 52 partidos de aquella copa mundial, de haber sabido no me veo ni el partido de la final! (ganó Italia a Alemania 3 a 1 con goles de Paolo Rossi, Marco Tardelli y Alessandro Altobelli). No obstante, todo era juego y diversión entre los dos, nos queríamos mucho y compartíamos todo lo que hacíamos, las películas de Abbott y Costello, de Joselito, El Chavo, El Chapulín Colorado, Flash Gordon con música de Queen, que la vimos en el Antiguo Cine El Samán, a donde íbamos casi todos los domingos por el solo gusto de salir a compartir, comer una hamburguesa, tomar un helado, comer chucherías.

Una dolorosa separación se dio cuando quise buscar a papá en Colombia y él se quedó aquí en Venezuela, cuatro años estuve por allá estudiando, veníamos de visita en Navidad y compartíamos momentos gratos de recuerdos y mientras nos contábamos de las cosas que habíamos hecho en los años de ausencia. Pero fuimos creciendo y ya Menudo pasó, al igual que nuestra infancia. Yo volví ya casado y empecé un hogar separado del hogar materno; sólo nos veíamos en reuniones familiares, cumpleaños, etc, (es el padrino de bautizo de mi segundo hijo, Diego Manuel, con quien compartió muchos de sus últimos momentos, mi hijo lo respetaba, valoraba y admiraba mucho, y le dolió mucho su partida, con más razón sabiendo que murió en sus brazos).

Elkin estudió Comunicación Social en La Ula Táchira, mientras yo trabajaba construcción para sobrevivir y mantener a mi esposa y mis, hasta ese momento, dos hijos, mi tercera hija nació ya estando en la universidad. Sabiendo que yo podía hacer algo mejor en la vida y por el amor que siempre me tuvo, un día me llamó y me dijo que tenía que dejar de hacer ese trabajo tan duro y me consiguió un trabajo donde su amigo José Gregorio, haciendo transcripciones y trabajitos sencillos en un

“viejito” Pentium II de la época. Allí empecé a enseñarme a trabajar el Diseño Gráfico, a manejar los programas de edición vectorial como Corel Draw, Illustrator o de edición digital por píxeles como Photoshop, de elaboración de revistas y diarios como Page Maker, etc y luego le ofrecieron un puesto en la empresa Editorial “Lito Formas” del Lcdo. Luis Enrique Moret (q.e.p.d), gran amigo personal suyo y quien siempre supo valorar muy bien el trabajo de mi querido hermano. Él me recomendó para el puesto y allí trabajé durante cinco años, formándome como profesional en el Diseño Gráfico bajo la tutela de mi apreciado hermanito y además vi la posibilidad de terminar mi bachillerato en la noche por parasistema que había interrumpido para casarme cuando tenía tan solo 18 años.

Tuve el apoyo del Lcdo. Moret para trabajar medio tiempo y estudiar igual periodo y pude ingresar a la Universidad de Los Andes a la Carrera de Administración, donde me gradué hace ya más de 16 años, gracias en buena parte a mi querido Kinito, quien quería un mejor futuro para mí y me estuvo empujando para que siguiera mis estudios y así lo hice y le estaré inmensamente agradecido y tal vez no tuve tiempo de agradecerse como merecía. Yo no tenía ni computadora cuando empecé en la universidad y él me abrió las puertas de su casa, me dio la llave para que entrara cuando necesitara trabajar o elaborar informes de la universidad, cosa que hice hasta que por fin tuve como comprarme mi computadora. Por todo esto que acabo de contar espero que entiendan quien fue mi hermanito lindo para mí, mi amigo, confidente, cómplice, aparte de hermano, tutor, maestro, escritor de las canciones que yo cantaba, entre muchísimas otras cosas más. En este momento tengo el alma partida y con lágrimas en los ojos escribo esto desde el fondo de mi corazón, todas las noches pienso y no puedo conciliar el sueño

recordando todos estos bellos momentos compartidos y lo que más me duele es que fue en este año pasado de pandemia que más nos alejamos por culpa de este virus asesino y esta economía tan mal manejada por este gobierno criminal que llevó a la ruina al país, a mi hermanito y a mí y no pude ayudarlo como debía y quería porque a mí también me afectó enormemente los acontecimientos del país y del mundo en el aciago año que pasó, por eso nada me consuela y busqué una forma de paliar tanto dolor volviendo a escribir, cosa que no hacía desde mis años de universidad, para tratar de contar quien fue Elkin Javier Calle Cortés para mí. Yo humildemente seré su hermanito que siempre lo querrá y lo admirará y que siempre estuve para él

cuando me lo pidió y que lo recordaré toda la vida, lo mucho o poco que me quede por vivir, con cariño, amor y gratitud como una gran persona, un gran ser humano, un genio incomprendido, escritor magistral, talentoso pintor, extraordinario Diseñador Gráfico y por sobre todo un ser humano ejemplar, noble y bondadoso. Te lo repito como te lo pude decir unos días antes de morirte, hermanito querido: te quiero mucho, de verdad, y él me contestó: “yo también te quiero mucho Fredyto”, y me dio un fuerte abrazo que no podré olvidar jamás y que estaré recordando toda la vida hasta que exhale mi último aliento sobre esta injusta tierra que no te valoró como debía, cuando pueda reunirme contigo en la eternidad... (25/01/2021).



*Mis hermanos Juan Fernando, Elkin Javier y Alex Darío, estrenando el primer carrito de Fernando, un Volkswagen de 1969, ¡toda una joya! Al fondo podemos apreciar el barrio de Barrancas y Riveras del Torbes y el lugar donde más tarde se construiría el Sambil.*